

JUNTA PROTECTORA DE LA CUEVA DE ALTAMIRA

La Cueva de Altamira
y la
Villa de Santillana del Mar
(SANTANDER)



GUÍA DEL TURISTA

MADRID

1 9 2 6

GNACIO AGUILERA SANTIAGO

E.....

N.º

LA CUEVA DE ALTAMIRA

•
y

LA VILLA DE SANTILLANA DEL MAR

JUNTA PROTECTORA DE LA CUEVA DE ALTAMIRA

LA CUEVA DE ALTAMIRA

Y

LA VILLA DE SANTILLANA DEL MAR

(SANTANDER)

GUIA DEL TURISTA

MADRID

1 9 2 6

ES PROPIEDAD

TALLERES ESPASA-CALPE, S. A., Ríos Rosas, 24.—MADRID

LA CUEVA DE ALTAMIRA

La cueva de Altamira está situada en el término municipal de Santillana del Mar, entre Torrelavega y Comillas, provincia de Santander. Se halla enclavada en una alta loma que se eleva a unos 2,5 kilómetros al Suroeste de Santillana, antigua capital de las Asturias Orientales, y a cuyos monumentos interesantísimos dedicaremos la segunda mitad de esta Guía (1).

(1) Véase también el itinerario, pág. 45.

*La cueva en los tiempos
prehistóricos.*

Como todas las grutas que se abren en el espesor de los terrenos constituídos por la roca caliza, la cueva de Altamira es obra de la Naturaleza, para la cual emplea ésta, como herramientas de trabajo, las aguas de lluvia que se filtran año tras año, siglos tras siglos. Estas aguas penetran lentamente por las resquebrajaduras, alcanzando las capas más profundas; disuelven la cal contenida en las rocas, modificando su constitución química y física, y en virtud de este lentísimo proceso de disolución, van abriéndose camino en los bancos de caliza, aumentando las grietas y formando cavidades. Por este procedimiento se origina la cueva, que acaba por abrirse una salida al exterior, y desde este momento puede servir de refugio a los animales y, finalmente, al hombre. Así las cuevas fueron las primitivas viviendas de la Humanidad.

Cuando el hombre prehistórico penetró por

vez primera en la caverna, las condiciones de la vida de nuestros remotísimos antepasados eran muy distintas de las actuales. Toda Europa se hallaba entonces bajo la influencia de un período de grandes fríos (la última "glaciación cuaternaria" de los geólogos). El Norte de nuestro Continente estaba sepultado bajo un potentísimo manto de hielo, y de los Alpes y Pirineos descendían gigantescos glaciares, que impedían completamente el paso a través de aquellas cordilleras. Al mismo tiempo, de los elevados riscos de la Cordillera Cantábrica, los Picos de Europa y Picos de Cornión, descendían también ríos de hielo imponentes, valles abajo, por las faldas de aquellas montañas; por lo que los "cántabros" sólo ocupaban la pequeña faja costera, único territorio que podía brindarles relativas condiciones favorables de hospitalidad.

Completaba este paisaje, con veranos breves y fríos y con inviernos interminables, la presencia de ciertos mamíferos empujados a esas latitudes por los hielos nórdicos a que antes se ha hecho referencia: el mamut, elefante lanudo de cuatro metros de alzada; el rinoceronte lanudo y el reno groenlandico. Los bosques, principalmente constituidos por pinos y hayas, daban alimento y albergue al ciervo común, al gamo, al ciervo gigante; además, al jabalí, a la cabra montés y a la gamuza. En las praderas, que interrumpían las manchas de tupida vegetación

forestal, pacían grandes manadas de caballos salvajes, toros salvajes, bisontes muy semejantes a los pocos que aún subsisten en Norteamérica. Tras ellos, vigilante, acudía el león de las cavernas, el oso y la hiena, también cavernícolas, y además merodeaban el lobo y el lince. Y—huelga decirlo—vivía el hombre.

El hombre de aquellos tiempos, tan distantes que se calculan en unos veinte mil años antes de Jesucristo, desconocía tanto la agricultura como el arte de domesticar los animales. Ignoraba también el aprovechamiento de los metales, así como carecía de toda habilidad para pulimentar la piedra. Sus armas y utensilios, de piedra, eran fabricados a golpes, dados con otra piedra; para otros usos, el hombre fósil manufacturaba con extraordinaria habilidad utensilios, aprovechando en gran escala los huesos y las astas de los animales por él cazados.

El hombre prehistórico se dedicaba a la caza; no tenía, pues, residencia fija, sino que su vida era la del nómada inquieto, permaneciendo ya aquí, ya allá, según lo que la misma Naturaleza le ofrecía; mucho tiempo, si la caza abundaba, o poco, si escaseaba o disminuía, para reanudar la marcha errante y vagabunda en pos de las reses.

Al tiempo que a lo largo de la costa cantábrica efectuábanse estas grandes incursiones cinegéticas, el hombre prehistórico daría con la

caverna de Altamira, y a ella acudiría en busca de refugio o de descanso en repetidas ocasiones, apropiándose el vestíbulo, inmediato a la entrada. En el antro tenebroso se instalaría la pequeña horda, huyendo de la lluvia y del frío, y prendería fuego a las ramas amontonadas para calentarse y también para asar la carne, condimentar los vegetales y defenderse contra las fieras durante la noche.

Ahí eran fabricados los utensilios, tallados principalmente de pedernal o sílex y cuarcita. Entre los cienos depositados en espesas capas se descubren cuchillos, raspadores y otros utensilios congéneres, todos admirablemente adecuados para despojar los animales muertos de sus pieles y para descuartizarlos. Sus largos pelos o sus tendones utilizábanse para trabajos de costura. Sorprende en grado extraordinario la destreza con que a las cuarcitas daba el hombre elegante forma puntiaguda para armar con ellas flechas o azagayas.

Numerosos son los utensilios hechos de hueso o de asta de ciervo. Para construirlos se separaba primero una esquirla tosca, la cual se labraba y pulimentaba después, con el fin de darle la forma adecuada, de punta, punzón, espátula, etc. Las finas y delgadas agujas de hueso, de esa era lejana, recuerdan, por su perfección, las agujas metálicas de nuestros días.

No hay duda de que además el hombre pre-

histórico trabajaba la madera; algunas muestras han llegado hasta nosotros de sus adornos, en forma de dientes o de conchas perforadas o de pequeños discos de hueso o piedra, con rayas decorativas. Es muy verosímil la suposición de que fueran amuletos o talismanes protectores. La frecuencia con que aparecen materias colorantes, especialmente ocre, permite suponer que aquellos hombres prehistóricos se pintarrajaban la cara o el cuerpo.

De todos estos materiales se ha hallado profusión de ejemplares en el vestíbulo de la cueva de Altamira, y de allí han pasado a la sala del Museo, instalado en la casa del guía (1).

Proceden de las capas arcillosas del suelo, en las cuales estaban en abigarrada mezcla con cenizas y carbón vegetal, trozos de piedras y huesos de animales, quemados o rotos. Estos últimos pertenecen, sobre todo, al bisonte, al ciervo común y al caballo salvaje, y demuestran que esos eran los animales predilectos del hombre primitivo en sus correrías cinegéticas. Como

(1) Haremos notar a los especialistas que el yacimiento de *Altamira* comprende dos períodos. El nivel profundo es del *Solutrense inferior*, con puntas en forma de hoja de laurel, de base cóncava, y con puntas en muesca que frecuentemente presentan un breve pedicelo lateral. La capa superior refleja el *Magdaleniense antiguo*, con numerosos huesos trabajados, algunos bastones de mando y omoplatos con grabados de animales, principalmente de ciervas.

método más sencillo para apoderarse de los bisontes o caballos, se utilizaría el de los fosos-trampas, que se hacían en el paso habitual de estos animales, y disimulados por medio de hierba o ramas. Provechosos resultados daría también la caza al ojeo, en virtud de la cual los animales serían acosados por una banda de cazadores hasta llevarlos a valles estrechos o a precipicios, donde serían muertos a flechazos o por otros medios más o menos crueles. Muy afín a esta caza era la persecución violenta: un grupo de cazadores acorralaba sin descanso a los animales codiciados, especialmente los jóvenes, las hembras preñadas o las reses heridas, hacia territorios desfavorables, sin darles lugar a comer ni a descansar, hasta hacerlos sucumbir por agotamiento.

Complemento importante de la alimentación carnívora era la que suministraban los vegetales, como frutas silvestres, semillas, bayas y setas. Los habitantes de Altamira efectuarían frecuentes salidas a la costa, que dista sólo seis kilómetros, de la que trajeron grandes cantidades de moluscos (sobre todo, lapas) para las mujeres, niños y viejos; así lo revela la abundancia extraordinaria de conchas encontradas en la cueva. Tampoco escasean las vértebras de peces, especialmente truchas.

Pero lo más interesante de todo es que aquellos trogloditas tuvieron sentimientos artísticos.

Muchos de los utensilios de que antes se hizo mención están adornados con dibujos de una gran variedad: líneas en zigzag, triángulos o estrías dispuestas con cierta simetría. Más curiosos son un cierto número de omoplatos de ciervo. En ellos aparecen grabadas, con buriles de pedernal, las siluetas de animales, ciervas sobre todo, representadas con maravillosa fidelidad. A veces constituyen verdaderas creaciones artísticas, y no nos puede sorprender el que aquellos artistas se lanzasen a acometer empresas de este género y de más altos vuelos. Nos referimos a las pinturas con que el hombre fósil exornó el interior de la cueva, y que constituyen el motivo de la celebridad sin par de Altamira en el mundo entero; de ellas hablaremos muy pronto.

El período frío del que hemos dicho algunas palabras anteriormente, no había terminado todavía, ni comenzado aún la actual edad geológica, cuando una catástrofe sobrevino en la caverna de Altamira. Hundióse todo el techo de la primera mitad del vestíbulo, transformando en escombros la primitiva vivienda de los trogloditas. Con lo cual quedó obstruída la entrada; y así han estado las cosas por espacio de miles de años, y la cueva de Altamira permaneció herméticamente cerrada al conocimiento humano, hasta hace cincuenta años, en que nuevamente hubo de ser descubierta. A aquella

feliz circunstancia se debe el que el contenido de la cueva en yacimiento y pinturas haya llegado hasta nosotros en un estado de conservación y con una riqueza verdaderamente excepcionales.

*El nuevo descubrimiento
de la gruta en 1868.*

En el año 1868, un cazador descubrió la entrada que, a causa del hundimiento, había permanecido siglos y siglos ignorada. Su perro se perdió en persecución de una pequeña alimaña, entre los huecos de las rocas; para liberarle hubo que romper varios bloques caídos, y así resultó el antiguo acceso de nuevo utilizable.

El interior del vestíbulo estaba, empero, materialmente lleno de escombros, por lo que fueron poquísimas las personas que por rara casualidad—lluvia o frío—hubieron de guarecerse en él. En el año 1875 exploró por primera vez la cueva D. Marcelino S. de Sautuola (1831-1888); entonces se la conocía por “cueva de Juan Mortero”, denominación que pronto fué reemplazada por la de “cueva de Altamira”, que es el nombre de la finca donde se halla. Y no puede ser más apropiado y feliz; por cuanto desde aquellos lugares se ofrece al visitante un hermoso panorama. Por el Sur se yergue,



Entrada de la cueva de Altamira y obelisco erigido en honor de M. de Sautuola.



Marcelino S. de Sautuola.
(1831-1888)

majestuosa, la Cordillera Cantábrica; al Oeste álzanse los dentellados Picos de Europa, en los cuales la nieve refulge casi todo el año; al Norte se tiende el Océano, con su obscura tonalidad azul, y al Nordeste se divisan las lejanas colinas onduladas de los alrededores de Santander.

Sautuola, uno de los primeros que rompieron marcha en los fastos de la Prehistoria en España, repitió sus exploraciones, y tuvo en 1879 la sorpresa de encontrarse con nuevos hundimientos. Como hemos podido averiguar, se había abierto, pocos años antes de descubrirse la gruta, una cantera en la misma superficie de aquélla. En los trabajos de extracción se había quitado una capa de más de un metro de espesor del sólido techo de piedra, y como se trabajaba con pólvora, se quebrantó todo el terreno encima de la gruta, por lo cual lo que durante tantos miles de años se había conservado, iba a desaparecer rápidamente. Consecuencia inmediata de aquellas voladuras fué un visible descalzamiento de la techumbre; se abrieron numerosas grietas, por las cuales penetraban desde entonces las aguas en el interior de la cueva, con gran peligro y daño de las pinturas prehistóricas.

Fueron éstas descubiertas el año 1879 por la hija de Sautuola, que acompañaba a su padre en alguna de sus visitas. En una de estas ocasiones penetró con una bujía en la sala profun-

da que se abre después del vestíbulo, y allí vió los incomparables frescos policromos, representaciones de bisontes casi exclusivamente. Sautuola hízose cargo en seguida del gran valor y de la antigüedad extraordinaria de aquellas pinturas, como lo confirma en su Memoria fechada en el año 1880: "Breves apuntes sobre algunos objetos prehistóricos de la provincia de Santander". Pero tenemos que mencionar la duda y la desconfianza de que este inesperado descubrimiento se vió rodeado al pronto. Un cierto número de sabios españoles y franceses no vieron en él otra cosa que la obra moderna de pobres pastores, sin pensar que las representaciones pictóricas de Altamira son una verdadera maravilla del arte y que entre ellas hay sobre todo figuras de bisontes, animales desaparecidos por completo de España desde hace muchísimos siglos y que sólo pudieron ser pintados en la época en que vivieron en estas latitudes, o sea nada menos que durante la última época glaciár.

Sin embargo, no faltaron en España personas que defendiesen la tesis de Sautuola; la principal fué D. Juan Vilanova y Piera, catedrático de la Universidad Central; pero ambos murieron antes de que sus ideas se abriesen camino. Hoy, ante la entrada de la cueva, un sencillo monumento perpetúa la gloriosa memoria del descubrimiento e identificación que del arte

rupestre de la más remota Humanidad llevó Sautuola a cabo. Fué erigido el año 1921 por el Ateneo de Santander.

Hacia el final del siglo XIX fueron descubiertas en el Mediodía de Francia un cierto número de cavernas, con pinturas o grabados en sus paredes; tales como la Gruta de la Mouthe (1895), Pair-non-Pair (1897), Les Combarelles (1901), Font de Gaume (1901). También consistían esas manifestaciones pictóricas en representaciones de animales desaparecidos en tiempos milenarios, por lo cual ya no podía haber duda acerca de su autenticidad. El descubrimiento de Sautuola quedó rehabilitado hasta tal punto, que en ninguna de las 62 cuevas pintadas, conocidas hasta la fecha en el Sur de Francia y en el Norte de España, brilla con tanta magnificencia como en la de Altamira la belleza y la plasticidad del arte rupestre. Esta última fué estudiada en 1902 por Emilio Cartailhac y Enrique Breuil, los cuales copiaron cuidadosamente las pinturas, y en 1906 apareció, bajo los auspicios del príncipe de Mónaco, la hermosa obra en que aquéllas están reproducidas con fidelidad y lujo exquisitos, titulada: "La Caverne d'Altamira à Santillane, près Santander (Espagne)".

Desde entonces data la celebridad de la cueva, al mismo tiempo que va en incremento el número de los visitantes, entre los cuales los ex-

tranjeros dan un notable contingente. Todo lo cual implicaba deberes que cumplir: protección de la caverna, cuyo hundimiento definitivo en 1925 era inminente, y de las pinturas contra los deterioros, facilidades a los visitantes para la mejor contemplación y estudio de las mismas.

El duque de Alba acudió en su auxilio. Bajo su presidencia se constituyó una Junta protectora de la cueva de Altamira, la cual adquirió el terreno en que la caverna se halla enclavada y edificó, en el año 1925, la casa del guarda, con el pequeño Museo. Los caminos interiores han sido mejorados, y, sobre todo, se ha practicado un camino circular y más profundo en la "Sala de las pinturas". En lugar de las lámparas de acetileno, peligrosas por todos conceptos, se han instalado reflectores eléctricos. Al mismo tiempo, se ha llevado a cabo por primera vez el estudio sistemático del yacimiento del vestíbulo, y se ha construido en este último un gran muro de contención que asegura la estabilidad de la techumbre.

Los trabajos de protección terminaron el año 1926, y en su virtud ya no se perderá para España ni para el mundo civilizado un monumento que es único en su clase.

La visita a la cueva.

Penetremos ahora, acompañados por el guía, en el interior de la caverna, cuya entrada está orientada hacia el Noreste, y cuya longitud es de unos 270 metros aproximadamente. Primero tenemos que atravesar el vestíbulo (A del plano adjunto), el cual constituyó la vivienda del hombre prehistórico, y aparece hoy cerrado en gran parte por un potente muro, con objeto de apuntalar la techumbre agrietada.

Al cabo de breves momentos nos hallamos ante una pared, en la cual se abre una puerta que, una vez franqueada, nos dará paso a la porción más importante de la cueva, la "Sala de las pinturas" (B del plano). Es de forma próximamente rectangular; sus dimensiones son: 18 metros de largo por 8 a 9 de ancho y muy poca elevación. Mientras que en la entrada la altura es de unos dos metros, hacia el centro no alcanza más que 1,7 metros y al final sólo tiene 1,10 metros. Así se explica el hecho de que los artistas prehistóricos hicieran del techo de la caverna el lugar preferente de sus creaciones pictóricas, por la facilidad con que a ellas se prestaba. Recientemente se ha abierto el camino circular, con el fin de que el turista pueda cómodamente visitar la sala y contemplar aquellas obras con perspectivas más favorables.

De un solo golpe de vista apréciase, al penetrar en la sala, que la mayor parte de las manifestaciones artísticas consisten en *pinturas*. Como sustancias colorantes empleóse el carbón vegetal para los tonos oscuros, y el ocre, que da los matices amarillo, rojo, pardo rojizo y terroso. Estas materias, en general, eran trituradas y preparadas en forma líquida, probablemente con grasa animal como vehículo. Con la ayuda de pinceles u otros utensilios análogos trazaron los artistas prehistóricos las líneas y manchas de color en los lienzos de pared, y así se constituyó una verdadera "pintura al óleo", la cual quedó adherida fuertemente a la superficie de la roca y, fosilizándose hasta cierto punto, se conservó admirablemente. En algunas ocasiones se recurrió incluso al empleo de trozos de ocre, de punta fina, a guisa de lápices. Frecuentemente se observa que la superficie ha sido preparada por medio de un lavado o raspado, parcial y discreto, para obtener una mayor perfección en los contornos y una suave gradación en las pinturas. Hemos de manifestar, además, que muchas de las figuras están grabadas parcialmente; a menudo los contornos de los cuerpos de los animales, así como los detalles más acusados de los mismos, como ojos, cuernos, orejas, hocico, pies y cascos, han sido antes diseñados en la piedra, finamente unas veces o con energía otras, para lo cual se



Casa del guarda y museo.



Pintura de la Cueva: Cabeza de bisonte.

utilizarían buriles de sílex, obteniéndose de esta suerte un previo apunte o boceto de la representación pictórica que iba a ser creada.

La manera de obtener el colorido presenta diversas variantes: los dibujos de tintas planas completamente uniformes, así como los modelados con colores de manera diversa, son algo más antiguos; el punto culminante lo representan las pinturas policromas, que son las más recientes.

También se da en Altamira la circunstancia de que grabados o pinturas están superpuestos directamente unos a otros en abigarrada mezcolanza; lo cual da lugar a que los dibujos más antiguos, sobre todo, sean a menudo difíciles de reconocer o que estén incluso parcialmente borrados; esto aparte de los deterioros que en el transcurso de los tiempos han sufrido las pinturas policromas a consecuencia de las infiltraciones, y, en los últimos cuarenta años, de la inconsciente imprudencia de los visitantes cuando la cueva no estaba suficientemente vigilada.

Las pinturas más importantes de la "Sala" se distribuyen por la mitad de la izquierda de aquel recinto (conforme se mira desde la entrada); como las que hay a mano derecha tienen un interés relativo, el visitante puede prescindir de ellas; además están mal conservadas.

Fijándonos en el techo de la caverna, observamos, por de pronto, un cierto número de protuberancias plásticas, esferoidales, las cuales no son otra cosa que producto de la Naturaleza. Ante ellas el hombre prehistórico reposaría de sus correrías, y ellas, a su vez, le sugerirían en su fantasía la idea, la inspiración, mediante la cual tales abolladuras naturales de la roca serviríanle de elementos plásticos para realzar, dándoles más vida aún, las siluetas representativas de los bisontes que allí se nos aparecen pintados. A estos juegos artísticos de la fantasía deben su origen algunas de las más bellas figuras: los abombamientos, realzados por los colores, acentúan el relieve al que la habilidad del artista añadió la cabeza, los pies y la cola. Como quiera que aquellos salientes de la roca recuerdan formas corpóreas estáticas, los animales aparecen representados casi todos en actitud de descanso, con las cabezas a ras de tierra y con las extremidades muy pegadas al cuerpo. Merecen consignarse, sobre todo, tres bisontes en relieve, clásicos, agrupados en el comienzo del camino circular y de 1,45, 1,40 y 1,50 metros de longitud, respectivamente.

A lo largo de la pared de la izquierda son dignas de notarse las pinturas siguientes:

Un jabalí en actitud de carrera (1,60 metros), bastante borrado.

Un bisonte sin cabeza (1,20 metros).

Un bisonte en pie (1,50 metros). La región de la espalda tiene gran plasticidad gracias a un redondeamiento natural de la roca, aprovechado por el artista.

Un bisonte en actitud de desperezarse; también pintado aprovechando las formas de la roca del techo (1,90 metros).

Un bisonte echado, en posición de descanso (1,60 metros). Es una de las más hermosas pinturas de Altamira. La cabeza aparece dirigida hacia atrás; nótese también el primor con que están trazados, en rojo claro, los contornos de los cuernos, orejas, ojos y hocico; todo ello con cierta plasticidad, como también los muslos y piernas.

Un caballo salvaje, de fina cabeza (1,60 metros). La porción inferior del cuerpo hasta los pies está borrada. Dentro de la superficie correspondiente a éste, aparece dibujado, en rojo claro, el contorno de una cierva o de un potro, algo más antiguo.

Un jabalí (1,45 metros), debajo del cual se encuentra otra representación más antigua de la misma especie, cuyos pies todavía pueden distinguirse.

Una cierva (2,20 metros), de bella factura. Bajo la cabeza del animal se encuentra la imagen de un pequeño bisonte en negro.

Más hacia la parte central de la cueva, junto al camino circular, encuéntrase todavía un cier-

to número de representaciones de bisontes. Hemos de hacer unas observaciones acerca de dos de éstos:

Un bisonte erguido (1,60 metros) aparece con la cabeza extraordinariamente expresiva.

Algo después está el segundo, de 1,50 metros de largo. Su cuerpo, pardo rojizo, está en parte cubierto por una mancha negra, intensa; la cabeza, pintada de negro en su mayor parte, presenta un aspecto casi "demoníaco".

Con esto termina nuestra visita a la "Sala de las pinturas", a la cual se ha aplicado, con tanto acierto, el calificativo de "Capilla Sixtina" del arte prehistórico. Pocos lugares del mundo entero pueden dejar en la mente del visitante un recuerdo tan duradero, una impresión tan profunda. Desde el techo de la sala esas pinturas remotas, de quince a veinte mil años de antigüedad, debidas a la mano y a la fantasía de aquellos extraños trogloditas, parecen contemplarnos asombradas; con tanto estupor como el que al visitante sobrecoge cuando, al contemplarlas, advierte que la perfección artística era cosa ya lograda en los remotos tiempos aquellos, y al compararlos con los actuales de civilización y progreso, que creemos tan extraordinarios, observa que sólo es la materialidad de la vida lo que se ha modificado.

Ante la maravillosa obra pictórica de Altamira nos sentimos subyugados por el sentido

estético y el naturalismo de aquellos primitivos que presuponíamos hallarse en un estado de abyecta barbarie.

La visita de la caverna puede completarse atravesando pintorescas galerías y salas, en las cuales aparecen sólo algunos grabados o pinturas del hombre prehistórico.

Al salón *B* sigue el gran *hall C*, en el cual aparece un pequeño recinto lleno de figuras rojas escaleriformes. Sin ningún género de dudas, tenían una significación mágica; pero nada más podemos aventurar sobre este punto.

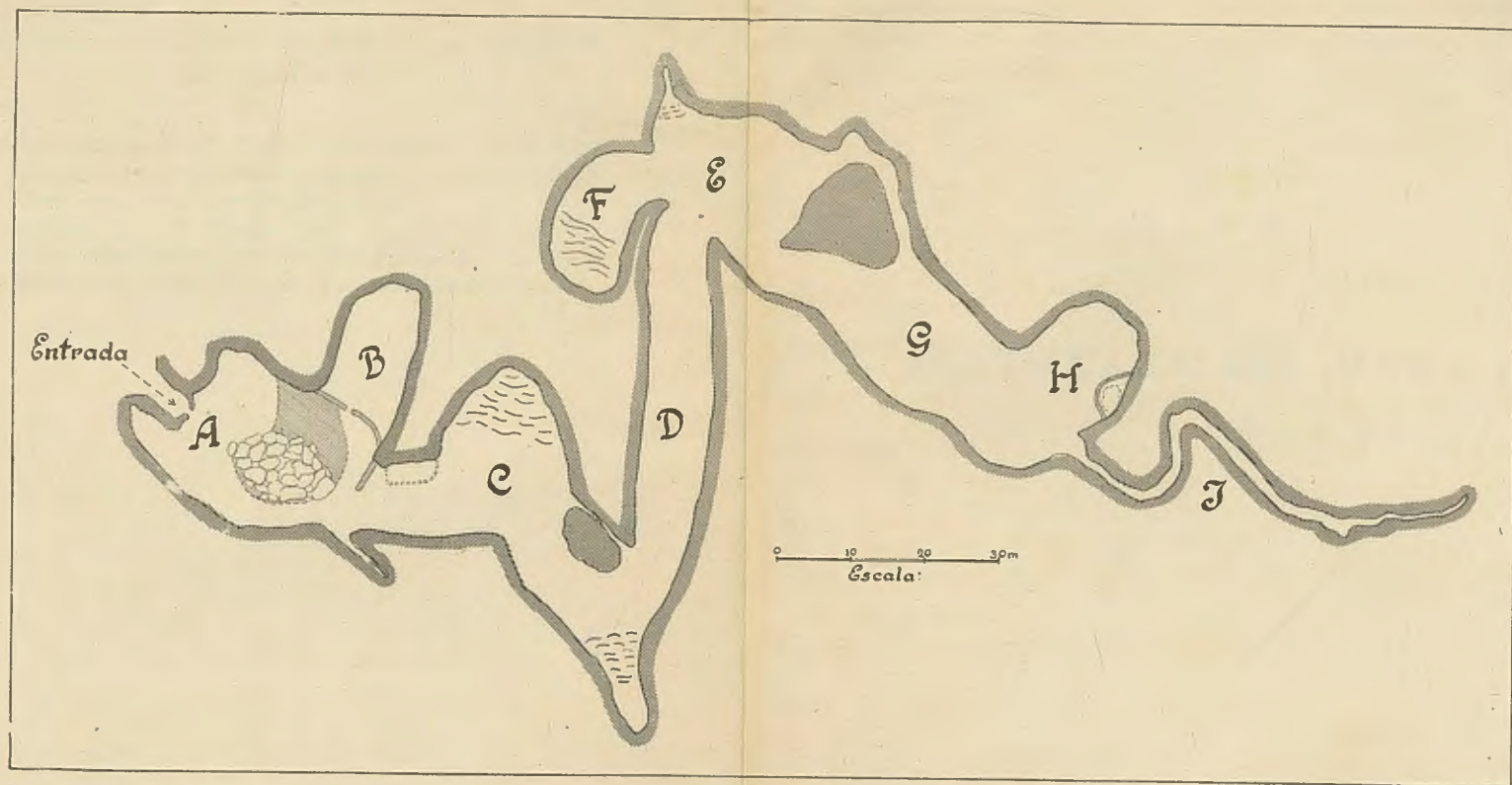
Siguiendo por el largo corredor *D*, que contiene algunos grabados y pinturas negras de bisontes, péntrase en la majestuosa sala *E*. Presenta un techo plano, de unos 18 metros de ancho; todo un problema de equilibrio arquitectónico resuelto. A mano izquierda se desciende al salón *F*, en cuyo muro derecho se dibuja la pintura hermosa de un bisonte negro.

La espaciosa sala *E* destaca una galería, *G*, por la cual se comunica con la sala *H*, en la cual termina nuestra excursión por el interior de la caverna, toda vez que el pasillo *I* carece de interés para el turista, aparte las grandes dificultades que opone a la marcha por ella.

H. O.

**BIBLIOGRAFIA SOBRE LA CUEVA
DE ALTAMIRA**

- E. CARTAILHAC ET H. BREUIL: *La Caverne d'Altamira à Santillane près Santander (Espagne)*. — Mónaco, 1906.
Gran tomo con 37 láminas; agotado.
- H. OBERMAIER: *El Hombre fósil*. — Segunda edición, Madrid, 1925; 457 páginas, con 180 figuras en el texto y 26 láminas, varias en color. (Precio: 25 pesetas.)



Plano de la cueva de Altamira.

SANTILLANA DEL MAR

Muchas son las poblaciones españolas que por los gloriosos vestigios que aún guardan (recuerdos de una grandeza caduca), por los monumentos insignes que las ilustran o por el castizo pergeño con que se presentan, merecen constituirse en centros de peregrinación para los devotos de la tradición y del arte patrios; pero pocas pueden ofrecer en más reducido espacio mayor caudal de emociones artísticas que la villa de *Santillana del Mar*.

Su nombre eufónico y romancesco, que tan perfectamente se acuerda con el carácter ancestral de sus rúas, evoca en la memoria de toda persona medianamente letrada el recuerdo de dos figuras de alta significación literaria, hija de la fantasía la una y criatura real la otra: el famoso pícaro que con sus andanzas difundió por todo el mundo el nombre de la villa y el ilustre prócer, valiente soldado y exquisito poeta, que fué gala de la corte de Don Juan II.

No necesitaba, sin embargo, Santillana gloriarse con ser la imaginaria patria de Gil Blas, ni haber dado nombre al marquesado del autor de las *Serranillas* para vivir en la vida del arte

y para figurar en las páginas de la Historia, pues para una y otra consagración tiene títulos sobrados, que puede revisar el que registre sus archivos y el que contemple sus piedras seculares.

De remotos y oscuros orígenes, como tantas otras villas ilustres, sábase únicamente que en lugar próximo al que hoy ocupa existía en tiempos muy antiguos otra que llevaba el nombre de *Planes*, en cuyas proximidades se fundó en época indeterminada un monasterio en honor de Santa Juliana, mártir de Nicomedia. Pretenden algunos autores que la traslación del cuerpo de Santa Juliana desde Italia hasta la villa de Planes tuvo lugar en el siglo VI, al ser invadida la península italiana por los longobardos, y que en aquella época debió de ser fundado el monasterio. Lo cierto es que en el siglo X todavía prevalecía el nombre antiguo de la villa, y el de Santa Juliana se aplicaba únicamente a la fundación religiosa. Pero habiendo crecido considerablemente la importancia del monasterio y habiéndose congregado en torno a él la población seglar, aplicóse a la villa (a partir del siglo XI) el nombre corrompido de la Santa (Santa Juliana, Sancta Illana, Santillana), como ya se venía aplicando a toda la región Oeste de la provincia, que era y siguió siendo por mucho tiempo conocida con el nombre de Asturias de Santillana.

Famoso fué el monasterio benedictino de la antigua villa de Planes, grandes sus rentas y notables los privilegios con que le favorecieron los condes y Reyes de Castilla; privilegios que culminaron en el año 1209, en que Alfonso VIII, al dar el fuero a la villa, la entregó al señorío del abad y cabildo del que fué monasterio y ya entonces era colegiata secular. No gozaron por muchos años los abades de su dominio en pacífica y efectiva posesión, pues habiendo dado el Rey de Castilla, en el siglo XIV, a la poderosa casa de la Vega el señorío de gran número de valles de las Asturias de Santillana, consideróse con derechos sobre la villa, promovió querellas y dió lugar a que corriera en abundancia la sangre de los banderizos por las calles de Santillana. Finalmente, Don Juan II asestó el golpe de gracia al debatido señorío del abad otorgando el título de marqués de Santillana a D. Íñigo López de Mendoza, quien, con sus dotes extraordinarias, le elevó al rango de los más ilustres y famosos. Acudió el excelso poeta a tomar posesión de su marquesado, y aunque tuvo que luchar con la tozuda resistencia de los montañeses, "ommes valientes, esforzados e muy cursados en las peleas a pie, que segund la disposicion de aquellas montañas se requiere facer", según dice Fernando del Pulgar, logró, al fin, hacerse reconocer por señor en el famoso campo de Revolgo, no sin

haberse visto muchas veces “en grandes trabajos e peligros de la guerra continua que con ellos tovo”.

En medio de este ambiente de continua hostilidad se desarrolló la villa en los siglos medios y fué adquiriendo ese aspecto torvo, ceñudo y desconfiado que aún hoy perdura en los edificios que de aquellos tiempos se conservan; en esas *torronas* que todavía alzan sus muros, renegridos y mohosos, haciendo revivir en la imaginación los días en que, según frase de Menéndez Pelayo, “se lidió de torre a torre y de casa a casa... y apenas se conoció otra justicia que la que cada cual se administraba por su propia mano”.

Pero a los revueltos tiempos medievales sucedieron otros más apacibles y prósperos para la región cántabra. Sosegados los ánimos, pudieron los pecheros arrinconar las picas y los arcabuces para empuñar la esteva y el *dalle*; los hidalgos, más ricos en pergaminos que en heredades, gozaron plácidamente de sus menguadas rentas; los frailes y canónigos, que no veían turbadas sus preces por el estrépito de las armas y los *apellidos* de los combatientes, entonaron sus cantos gregorianos, sin olvidarse de cobrar puntualmente los diezmos y tributos ni de acrecentar cuanto podían sus haciendas; los segundones hallaron en la Nueva España y en el Perú ancho campo donde perseguir, sin

trabas enojosas, a la fortuna... Los viejos solares se restauran; álzanse nuevas mansiones señoriles, donde podrá faltar la necesaria holgura y la más elemental comodidad, pero nunca el ostentoso blasón de piedra con sus tenantes, sus ninfas, su yelmo, su profuso airón y su arrogante mote.

Las casas de esta época (siglos XVI, XVII y XVIII) son las que con mayor abundancia se encuentran en Santillana y las que principalmente imprimen su fisonomía característica a la villa; con ellas se entremezclan las de siglos anteriores, formando un conjunto de singular fuerza emotiva.

Encuentra, pues, el viajero que recorre las calles de Santillana, en breve espacio, todo un compendio de la arquitectura civil regional en sus diversas épocas, desde el siglo XIII hasta el XVIII, de tal modo que pudiera ponerse a la entrada de la villa un cartel que dijera de este modo: "Museo de Arquitectura montañesa".

Dispongámonos ya a recorrer sus calles silenciosas, donde la vida palpita aún con el ritmo lento de los tiempos pasados.

Situémonos en el histórico *campo de Revolgo*, cuyos retorcidos árboles tan felizmente armonizan con las vetustas construcciones vecinas. A la izquierda, y como apartada de la vida urbana, veremos la casa de los Tagles, noble y típica construcción del siglo XVIII, con su por-

tal de doble arco, sus balcones de hierro, su espléndido escudo y su solana en el segundo piso, según una disposición poco frecuente, aunque no única.

Siguiendo la carretera en dirección de la villa, dejaremos a la izquierda insignificantes construcciones modernas y a la derecha el convento de *Regina Coeli*, fundado por Alonso Velarde en los últimos años del siglo XVI.

Penetrando por la única calle que en esta dirección se encuentra, se nos ofrecerá en primer lugar a la vista la señorial mansión de los marqueses de Casa Mena, severa construcción del siglo XVIII, de elegantes líneas, deslucidas en parte por la falta del alero, que en otros tiempos la pondría adecuado remate. Contigua al palacio, una pequeña construcción de sillería, con su arco apuntado en planta baja y sus ventanas adinteladas en el único piso, nos muestra un modelo de la casa montañesa en el siglo XV.

Frontera a ella se encuentra una construcción de análoga época y parecida traza que el palacio, en cuyo escudo el águila traspasada por una flecha indica que aquella casa perteneció a la hidalga familia de los Villas.

Pocos pasos más allá la calle se bifurca; sigamos la vía de la izquierda, que lleva el nombre de *Juan Infante*. En su corto recorrido encontraremos varias casas interesantes, de las cuales merecerá nuestra especial atención la



Casa de los Tagles.

Foto Cevallos (Santander.)



Casa de los Borjas.

Foto Cevallos (Santander.

llamada *del águila*, situada a la izquierda, que ostenta un primoroso escudo en su fachada, y a la derecha, la antigua casa de los Barredas, hoy ocupada por la Guardia civil.

Con esto nos encontramos en la admirable plaza, donde el interés que en el viajero despertó la villa desde los primeros pasos que dió por sus calles, se acrecienta considerablemente. Las edificaciones que cierran el perímetro irregular de la plaza pertenecen a muy distintas épocas, pero tienen la suficiente antigüedad para que, vistas en la lejanía del tiempo, se atenúen las diferencias y se establezca entre ellas una aparente unidad.

A la izquierda se encuentra la Casa-Ayuntamiento, construída en aquel severo estilo herteriano que imperó en la Montaña durante los siglos XVII y XVIII; junto a ella, varias viejas y pintorescas construcciones. Enfrente de la calle de Juan Infante, la torre de los Borjas, interesantísima construcción del siglo XV, donde se acusa el tránsito del vivir belicoso de la Edad Media al más pacífico de los tiempos modernos. Un gran arco apuntado sirve de ingreso al soportal (quizá el más antiguo que se conoce en la provincia), con accesos laterales que por un lado establecen la comunicación con la calle y por el otro con el soportal de la casa contigua; en el primer piso, tres huecos de arco rebajado, tapiado el del medio y rasgados los

laterales en época posterior a la construcción; en el segundo, otros dos de reducidas dimensiones. Cornisa de escaso vuelo y gárgolas en forma de cañones completan el aspecto exterior de esta torre. Agregada a ella, por la parte de atrás, hay otra construcción, algo posterior, que presenta como particularidad curiosa uno de los pocos patios interiores que existen en la arquitectura regional.

A la derecha alza su mole adusta la torre del Merino, la más venerable construcción civil de Santillana. Lóbrega y triste, con su aspecto militar, ofrece un testimonio de lo que sería la vida de los hidalgos montañeses en el siglo XIII, época a la cual se remonta su edificación. Su arco apuntado, de largas dovelas, ha sido cortado modernamente para dar mayor amplitud al ingreso. Varias ventanas, abiertas en épocas en que habían dejado de ser temibles las sorpresas, han aumentado la escasísima luz que recibía la planta baja por algunas estrechas aspilleras. En el primer piso, la doble ventana de arco apuntado, con poyo interior, constituiría primitivamente el único vano por donde los moradores de la *torrona* podían asomarse al exterior en los lapsos de tiempo tranquilos. Un hueco de mayor amplitud, situado en el segundo piso, servía para salir al cadalso que, en caso de alarma, se armaba a aquella altura, a cuyo fin estaba el muro provisto de los ne-



Torre del Merino.

Foto Cevallos (Santander.)



Casa llamada del Marqués de Santillana.

Foto Cevallos (Santander.)

cesarios garfios de piedra donde se apoyaban las carreras. Coronaba la torre un adarve corrido, defendido por almenas, hoy macizadas y cubiertas con techumbre moderna.

Torciendo la ruta a la derecha, por la angosta calle de Las Lindas, veremos una ampliación de la torrona, cuyas ventanas gemelas, de arco apuntado y matacanes volados, de marcadísimo sabor gótico, permiten fijar en el siglo XIV la época de su construcción.

Pasamos con esto a la calle del *Cantón*; entre la doble hilera de casas que la constituyen, se destaca por su elegante sencillez la llamada, con escaso fundamento, del marqués de Santillana: arco apuntado en la planta baja; cuatro ventanas adinteladas y recuadradas por gótica moldura, con escudos intermedios y alero de gran voladizo, son los elementos que integran esta fachada del siglo XV, parecida en su composición a otras contemporáneas suyas que se encuentran en distintos lugares de la Montaña. Rejas, hierros y carpinterías de confección moderna, pero en los cuales se han imitado modelos antiguos, completan el interesante conjunto.

Poco más allá se encuentra la casa llamada *de los hombrones*, a la que dan nombre los notables tenantes de su magnífico escudo.

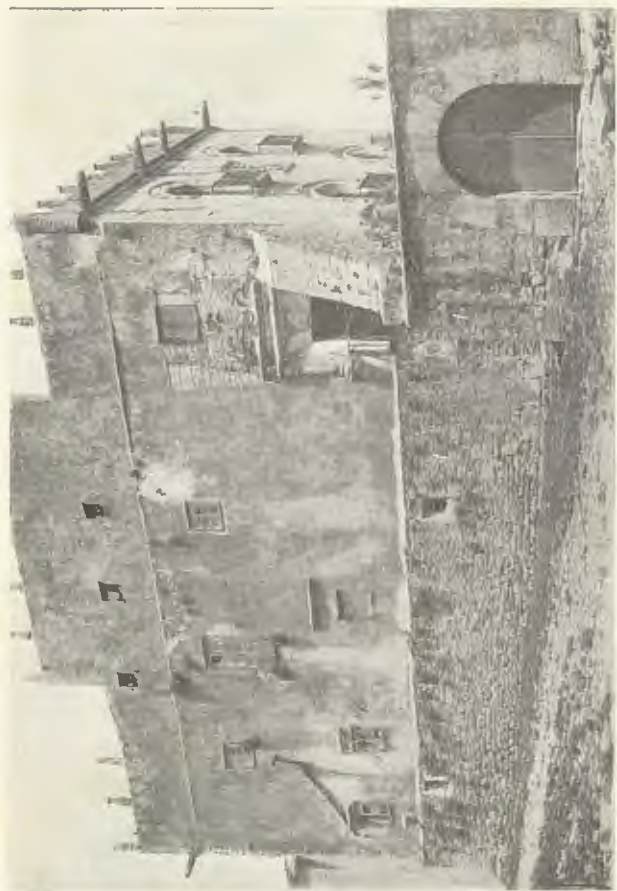
La casa de Oreña, que se alza algo más abajo, también luce gran escudo, cobijado bajo amplísimo alero.

Aquí la calle se ensancha y la hermosa perspectiva que ofrece se cierra al fondo con la fachada principal de la Colegiata, bella, armoniosa y de clara estirpe románica, a pesar de las mutilaciones que ha sufrido y de los varios e incongruentes aditamentos con que los siglos han dejado marcado en ella su paso.

A la izquierda, y antes de llegar a la escalinata de ingreso, se encuentra la antigua casa de los abades, donde los elementos góticos, manifiestos en algunas de sus ventanas, se mezclan con otros más modernos...

Puerta de múltiples arcos de medio punto, de los cuales, por efecto de alguna irrespetuosa reparación, ha desaparecido la decoración escultórica propia del estilo; restos de esculturas toscas y mal encajadas en el muro; frontón de gusto neoclásico y graciosa arquería de época relativamente moderna; torrecilla románica de planta circular con ventana de arcos gemelos; maciza torre cuadrada en los pies del templo y otra de doble cuerpo sobre el cruce-ro, aligerada en parte con ventanas y arcatu-ras: tales son los elementos principales que se destacan en esta fachada de la histórica iglesia.

Dando la vuelta a la sacristía, de estilo herre-riano, que se adosa a la nave transversal, nos hallaremos ante el ábside del lado de la epís-tola, único que se puede ver desde el exterior, de líneas puras, realzadas por el vigoroso cla-



Casa de los Velardes.

Foto Cevallos (Santander.)



Fachada de la Colegiata.

Foto Cevallos (Santander.)

roscuro de los arcos que voltean sobre sus ventanas.

Antes de penetrar en el templo dediquemos unos minutos a contemplar la vecina casa de los Velardes, importante construcción del siglo XVI, con sus hastiales escalonados, tan típicos de la arquitectura montañesa de aquella centuria; sus pináculos, sus gárgolas, sus cubos en los ángulos, su portal de doble arco, sus balcones de medio punto y, como elemento extraño al arte regional, la guarnición plateresca de uno de sus huecos.

Penetremos luego en la iglesia parroquial, antigua colegiata y, en tiempos más remotos, famosa abadía benedictina.

La fundación monástica se remonta, según opinión del P. Flórez, al siglo VI, aunque sólo se tienen noticias documentales de ella a partir del siglo IX. No data de tiempos tan antiguos la iglesia que hoy se ofrece a nuestra contemplación, ni creemos que se encuentren en ella vestigios de construcción anteriores al siglo XII, a pesar de las aventuradas hipótesis de algunos escritores locales.

Pertenece, pues, la actual iglesia al estilo románico, a ese románico montañés, rudo y vigoroso, que tan hondamente arraigó en nuestro suelo. Consta de tres naves con crucero, tres ábsides semicirculares y una torre cuadrada a los pies.

La planta de los pilares es cruciforme, con columnas adosadas en los cuatro frentes de la cruz, pero no en los ángulos; por donde se infiere que primitivamente no tuvo bóvedas de arista.

De las primitivas bóvedas hoy sólo se conservan los cuartos de esfera de los ábsides, los cañones de la nave transversal y la cúpula con nervios que se alza sobre el crucero; el resto de las naves ostenta bóvedas góticas de crucería. Las columnas tienen bases sencillas sobre alto basamento y hermosos capiteles historiados.

En el centro de la iglesia está el sepulcro de Santa Juliana con la efigie de la Santa, toscamente labrada; pero la reliquia no se guarda en él, pues el célebre obispo de Burgos D. Alonso de Cartagena la hizo trasladar al presbiterio en 1453.

En el altar mayor (cuyo rico frontal de plata es una buena pieza de orfebrería barroca) hay un hermoso retablo gótico de fines del siglo XV, con excelentes pinturas de escuela flamenca. En el zócalo del mismo, cuatro figuras en relieve representan a los evangelistas con un realismo ingenuo y familiar.

Detrás del frontal se conserva un curioso relieve románico con las figuras de cuatro santos, que quizá formara parte de algún antiguo sepulcro.



Capitel del claustro.

Foto Cevallos (Santander.)



Capitel del claustro.

Foto Cevallos (Santander.)

A los pies de la nave lateral izquierda hay una buena imagen en talla policroma, que representa a Cristo crucificado y que creemos debe datar del siglo XVII.

El claustro, situado al lado Norte de la iglesia, es un bellissimo ejemplar de su estilo. Sobre un basamento corrido se alzan las columnas pareadas con capiteles grandes, variadísimos y de alto valor artístico, donde se hallan reproducidos gran parte de los asuntos predilectos del gusto románico: escenas religiosas, lances de caza, motivos derivados de la flora, de la fauna fantástica o formados simplemente por filamentos entretejidos en múltiples y complicadas combinaciones...

Todos ellos testimonian la suprema habilidad técnica y la exuberante fantasía de aquellos canteros medievales, que, con sus extrañas invenciones, han dejado planteados tantos problemas de interpretación. Contentémonos nosotros con admirar su belleza y dejemos que las personas aficionadas a ver en las cosas oscuras una intención simbólica se afanen en descifrar sus misterios y en traducir sus enigmas al lenguaje vulgar.

ELÍAS ORTIZ DE LA TORRE,
Arquitecto.

ITINERARIO

Para ir desde Santander a Santillana del Mar debe seguir el *automovilista* la excelente carretera de Oviedo, que en una hora de cómodo viaje conduce a Santillana, después de pasar por Puente Arce y Barreda (30 kilómetros). Algunos kilómetros más tiene el otro itinerario, por Torrelavega y Puente de San Miguel (véase el mapa adjunto).

Todavía puede el turista utilizar otro medio de locomoción: el *ferrocarril*. Lo mejor, en este caso, es salir en el primer tren (línea de Santander a Oviedo; Ferrocarriles del Cantábrico) hasta Torrelavega, adonde se llega a las nueve de la mañana; allí espera el automóvil de línea que cubre el trayecto de Torrelavega a Comillas. A las diez pasa por Santillana del Mar, donde se apeará el turista. Si éste circunscribe la excursión a la visita de la cueva de Altamira, puede emprender el regreso a Torrelavega en el mismo vehículo a la una y media de la tarde. Si además se propone visitar la intere-

santísima villa de Santillana, puede luego darse un paseo agradable de cuatro kilómetros, por la carretera, a Puente de San Miguel y subir allí a uno de los últimos trenes de la tarde que van a Santander.

La *cueva de Altamira* está situada al Suroeste de Santillana, a 2,5 kilómetros de esta población y sobre una suave loma de unos 80 metros de elevación. Se llega a ella en treinta a treinta y cinco minutos de marcha a pie; el camino está señalado con letreros y pasa por entre praderas. El guía vive junto a la caverna, en la Casa-Museo, en donde se expenden los billetes de entrada.

Duración de la visita: alrededor de una hora.



Mapa-itinerario.

INDICE

	<u>Páginas.</u>
LA CUEVA DE ALTAMIRA.....	5
La cueva en los tiempos prehistóricos.....	9
El nuevo descubrimiento de la gruta en 1868....	16
La visita a la cueva.....	21
Bibliografía sobre la cueva de Altamira	28
SANTILLANA DEL MAR.....	29
ITINERARIO	45

TALLERES ESPASA-CALPE, S. A.
Ríos Rosas, 24.—MADRID

Precio: 1,50 pesetas.